



# HAGAMOS REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO

**J.I. González Faus - Darío Mollá**

I. "Hagamos redención del género humano"

**José I. González Faus**

Introducción: Mirada al mundo

1. Primer punto: "Hagamos redención..."
2. Segundo punto: ¿Qué redención?
3. Tercer punto: Del "redimir" divino, al "ayudar" ignaciano

II. La "Redención" en Ignacio de Loyola

**Darío Mollá**

1. Primer punto: Uso ignaciano de la expresión "redención"
2. Segundo punto: La "redención" en el proceso de los Ejercicios
3. Tercer punto: "Su Criador y Redentor"
4. Cuarto punto: "Hagamos redención"

Notas

*El presente Cuaderno, junto con el anterior de I. Salvat, recoge las tres ponencias de la Semana de Espiritualidad Ignaciana de Alaquás (Valencia), Pascua de 1.996.*

# **1. "HAGAMOS REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO"**

**José Ignacio González Faus**

## **INTRODUCCIÓN: MIRADA AL MUNDO**

Para situar mejor la meditación ignaciana sobre la Encarnación, puede ser útil comenzar por una sencilla comparación de textos que hacen una descripción semejante de la realidad del mundo, pero toman ante ella una postura diversa:

1) El primero es el texto de san Ignacio, objeto de este comentario:

"Traer la historia de la cosa que quiero contemplar, que es aquí cómo las tres Divinas Personas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres... Ver las personas, las unas y las otras: y primero las de la haz de la tierra en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos nasciendo y otros muriendo.... Todas las gentes en tanta ceguera... Cómo hablan unos con otros, cómo juran y blasfemian etc. Así mismo lo que dicen las Personas Divinas, es a saber: `hagamos redención del género humano'" (EE 102, 106, 107).

2) El segundo es un texto del Dante en *La divina comedia*:

"¡Oh insensatos cuidados de los mortales! ¡Cuán débiles son las razones que os hacen volar a ras de tierra! Unos se iban tras el derecho, otros tras la medicina, otros se afanaban en seguir el sacerdocio o en reinar por fuerza o por engaño, o en robar o en negocios civiles, o envueltos en el deleite de la carne, otros se daban a la vagancia. Mientras que –libre de todas estas cosas– yo me estaba con Beatriz en el cielo donde fui tan gloriosamente acogido" (*Paradiso* 11, 1-12)<sup>1</sup>.

3) El tercero es un texto bíblico, veterotestamentario y muy conocido:

"Tiempo de nacer, tiempo de morir, tiempo de plantar, tiempo de arrancar lo plantado... tiempo de llorar, tiempo de reír, tiempo de luto, tiempo de gala... tiempo de rasgar, tiempo de coser, tiempo de callar y tiempo de hablar... Y ¿qué fruto saca el hombre de todo eso? Todas las cosas suceden igualmente al justo como al impío, al bueno como al malo, al limpio y al no limpio... así es tratado el inocente como el pecador y el que jura verdad como el perjura... Todos están sujetos a los mismos azares.... Debajo del sol ni la carrera es para los ligeros ni la guerra para los valientes, ni el pan es para los sabios ni la riqueza para los doctos.. sino que todo se hace por azar y a la ventura... También esto es vanidad y esforzarse tras el viento" (*Eclesiastés* 3, 1ss; 9,1-3.11; 2,11).

El gran poeta teólogo de la Edad media y el sapientísimo autor bíblico a quien el libro identifica discretamente con Salomón, constatan algo que más tarde percibirá también san Ignacio: una inmensa *variedad* entre los hombres, unificada sólo por su *vanidad* ciega y por la *injusticia* que esa ceguera va generando.

Ante esa constatación, Dante se limitará a alegrarse de su suerte paradisíaca, Qohelet procurará protegerse con su sabiduría lúcida, mientras que Ignacio pone en juego *otro registro en la mirada*, el cual es específico de la fe en Jesús y del seguimiento. Y el santo lo formula como la decisión divina de "hacer redención".

El segundo y tercer textos describen experiencias humanas profundamente reales. Y no conviene excluirlas. Pero no pueden agotar la experiencia jesuánica que formula el autor de los Ejercicios, y que ahora quizás estamos más capacitados para examinar.

## **I. "HAGAMOS REDENCIÓN" DEL GÉNERO HUMANO**

Hemos de comenzar comentando la originalidad de esta expresión en el mundo religioso y de "ofertas varias de salvación" en que nos movemos. Para ello nada mejor que atender a los tres miembros de la frase.

### **1. "Hagamos"**

Por lo general, las otras salvaciones que se ofrecen (¡y muchas de las cuales pueden provenir también del Espíritu de Dios!) son más bien caminos de sabiduría, o caminos de acción, todos ellos *individuales*. Ahora luego los evocaremos un poquito más. De momento importa señalar que esos caminos no aparecen como "decisión de Dios": el estar en contacto con Alguien Absoluto, deseoso de rescatar al género humano, me parece específico del cristianismo (entendiendo que, cuando digo "específico" no quiero decir exclusivo, sino más bien *decisivo* para la identidad cristiana).

Quizá sólo esa corriente occidental que llamamos Modernidad y que nace en el lugar del planeta más marcado por la memoria cristiana, ha logrado proponer algo semejante a la formulación ignaciana: "hagamos redención". Pero con esta doble variante: quien pronuncia esa frase somos *nosotros* los hombres, no Dios. Y ese proyecto ha quedado *hoy* reducido a lo que suele llamarse "idolatría del mercado": sigamos sólo las leyes del mercado y del propio beneficio (pidan lo que pidan), y el Mercado nos salvará.

Pero no es este el momento de dictaminar cuánta redención y cuánto sufrimiento ha aportado la Modernidad; ni si sus innegables fracasos se deben a ese prometeísmo que ha querido hacer redentor al hombre solo, al margen o en contra de Dios. Es una cuestión sumamente compleja que no tendría sentido resolver apologéticamente.

### **2. "Redención"**

También esta palabra tiene su pequeña originalidad. Acabo de decir que muchas religiones ofrecen una verdad salvadora muy válida, y que podemos recibir como inspirada por El Espíritu de Dios. Permítaseme algunos ejemplos:

— La célebre expresión "Atman-Brahman" de los Upanishads hindús comunica una experiencia religiosa muy válida: mi verdad es Dios en mí o mi identidad con Dios; lo más profundo de mi yo es el Espíritu de Dios. Yo creo que esa fórmula vehicula una experiencia religiosa no sólo auténtica, sino profundamente pacificadora y plenificante. (Al margen de la discusión ulterior de si eso puede ser malentendido panteísticamente).

— En la línea de los escritos sapienciales bíblicos pero, para mi gusto, con más categoría, el *Tao* (camino) contiene un arsenal de sabiduría no sólo encantadora sino muy humanizadora (y muy contraria a la actual cosmovisión occidental, marcada decisivamente por el horizonte competitivo de la economía)<sup>2</sup>.

— En la imposibilidad de comentarlo, haré aquí una alusión rápida al libro bíblico citado del Eclesiastés, porque ofrece —¡como sabiduría de Salomón!— esa "postmodernidad" del disfrute pequeño, fruto del propio trabajo y vivido como don de Dios, para moderar así el afán de más, que es vanidad y "correr tras el viento". Ya sabéis que algunos se preguntaron cómo podía ser ese libro "palabra de Dios". De hecho, casi el único papel que juega Dios en el *Qohelet* es el ser Fuente de lo positivo-pequeño, para contener así la inmoderación del hombre. Pero el *Qohelet* desconoce los aspectos *sociales* de su filosofía, es decir: que quienes "corren tras el viento" no sólo se equivocan ellos, sino que dejan en la cuneta a muchísimos. Por mucha simpatía que sienta yo hacia el Eclesiastés, debo reconocer que, al leerlo, siempre me aparece Jesús en la cuneta de la historia, y la necesidad de escuchar algún "hagamos redención".

— Buda y su sermón de Benarés son demasiado conocidos: la noble verdad del dolor; la noble verdad del origen del dolor; el deseo insaciable del hombre; la noble verdad de la supresión del dolor: arrancar el deseo. Y la pregunta de si ello es posible, ni aun con los ocho difíciles caminos absorbentes, que propone el Buda en su última noble verdad.

Todo esto puede considerarse como revelaciones de Dios, como otros "Testamentos" que —como dijo el profeta bíblico— "preparan el camino al Señor". Son caminos profundamente humanizadores. Pero parece también innegable que los hombres no hemos hecho caso de ellos: seguimos víctimas del deseo, el cual acaba descubriéndonos que hemos corrido tras el viento<sup>3</sup>.

### 3. "Género humano"

En contraste con esos magníficos textos, habría que leer ahora algunos pasajes como Isaías 53: aquella figura misteriosa de la que apartamos los ojos porque no tiene ni apariencia humana, pero que luego resulta que estaba así porque llevaba los pecados de todos nosotros, y así nos ha justificado a todos. O Isaías 58: el culto que Yo quiero es que partas tu pan con el hambriento, que consigas abrir las cárceles, que acabes con las armas. Así brillará tu humanidad como la aurora... O las aclamaciones litúrgicas más breves de 2 Cor 5,21 (el Justo hecho pecado por nosotros para que seamos hechos justos con su justicia) y Gal 3 (el Libertador hecho maldición, también por nosotros)... Unos cuantos textos de este tipo que culminarían en el comienzo de la segunda carta a los corintios: "Dios, Padre de Misericordia y Dios de toda consolación, nos consuela en todas nuestras luchas para que nosotros podamos consolar a los demás, con el consuelo con que somos consolados por Dios".

Se vislumbra en esta acumulación de textos la apertura a otro modo de vida que no es el camino de la sobriedad y de la sabiduría (o contemplación) (aunque *no lo niega, y lo presupone como verdad del hombre*), sino el de lo que yo suelo llamar "ser cauce de la Misericordia".

Creo que hay aquí algo muy específicamente cristiano, sobre lo cual casi da miedo poner las manos propias; pero que es preciso abordar porque suscita infinitas dificultades.

## II. ¿QUÉ REDENCIÓN?

Y la dificultad más sobresaliente es la que vuelve a mirar el estado actual del mundo y pregunta: pero ¿qué redención ha habido en este mundo?

Podríamos reescribir hoy la meditación ignaciana con tonos mucho más dramáticos: "unos en Bosnia, otros en el club Army, otros en un buque de desplazados que no

encuentra acogida en ningún país, otros vendiendo armas a los países pobres o dándose la gran vida en Las Vegas o en Miami, otros en el paro, otros cobrando 150.000 ptas. por salir en una TV a explicar su `trabajo' de prostitutas de alto nivel"....

¿Qué redención ha habido en el mundo, no ya desde la meditación de san Ignacio, sino "desde la decisión" de la Trinidad? Como ya es sabido esa mirada elemental al mundo es el argumento más decisivo que maneja el judaísmo para negar la mesianidad de Jesucristo.

### **1. Una respuesta deformada**

La respuesta habitual que orillaba esa dificultad es que hemos sido redimidos "del pecado original" y de la condenación eterna por él merecida. El bautismo "abre las puertas del cielo", aunque ahora hemos de procurar no volvérnoslas a cerrar nosotros. Esa respuesta parece reflejarse en la descripción de san Ignacio: considerar cómo "todos descienden al infierno" (EE 102 y 106).

Parece innegable que hay una legítima vinculación entre la Cristología y eso que llamamos "pecado original". Pero esa respuesta tradicional incorpora a la espiritualidad la lectura agustiniana del pecado original, con sus consecuencias nefastas. Y nefastas no sólo porque el hombre libre aparecía condenado de antemano por un acto fuera de su responsabilidad, por un Dios cuya justicia parece más bien arbitrariedad. Sino también porque, de acuerdo con esa respuesta, *la revelación de Jesucristo sólo vale para la otra vida*. Y en esta no se presentiza más que en el bautismo, que recibimos sin enterarnos.

Vale la pena notar cómo se reflejaba esa concepción en el tratado clásico sobre la Escatología, que se reducía a ser un saber sobre el "más allá" que en nada fundamenta al presente (a lo más lo condiciona como precio para entrar en ese "más allá"). La afirmación paulina de que estamos ya salvados (aunque sea "en esperanza") porque si Dios está por nosotros, nada ni nadie puede estar contra nosotros, no tiene cabida en esa concepción de la Escatología. En cambio hoy, el tratado de Escatología busca explicar sobre todo cómo ese más-allá fundamenta al presente: y del más-allá sólo sabe su carácter fundamentador, más que sus contenidos concretos.

Se impone pues examinar cómo debe ser reformulada aquella respuesta tradicional.

Y para comenzar hay que decir: el pecado original no necesita propiamente *perdón* (porque, sea lo que sea, no es responsable y sólo se le llama pecado en sentido analógico). En cambio, el deterioro humano sí que necesita cierta *ayuda* (¡y tanta!).

En segundo lugar (y hablando a nuestro modo humano), Jesús no vino para ver si nos reconciliaba con Dios, sino porque Dios *ya* se había reconciliado con nosotros (igual que el bautismo no nos *devuelve* el amor de Dios, sino que expresa y simboliza que Dios ya ha acogido al recién nacido). Cualquier otra formulación falsifica radicalmente el concepto paulino de "justicia de Dios"<sup>4</sup>. Y san Ignacio ya parece apuntar a eso mismo en su fórmula "hagamos redención".

En tercer lugar, las explicaciones anteriores han olvidado también el clásico consejo ignaciano: "mirar al Crucificado". Han brotado más bien mirando un concepto metafísico de Dios, mediado primariamente por la categoría de Poder Supremo, del que el neoplatónico Agustín nunca acabó de desprenderse, ni logró armonizar con su experiencia creyente.

Si ponemos en juego estos tres elementos (el deterioro humano, la justicia de Dios y la mirada al Crucificado) ¿cómo podríamos corregir la visión anterior?

## 2. De la abstracción a la tierra

Tomemos para empezar la noción joannea de "pecado del mundo" que es más histórica y parece más en consonancia con la descripción del mundo que hace san Ignacio: el mundo es "mal implantado". Y ese mal implantado provoca y recibe (*a la vez*) nuestra solidaridad con él.

Según el cuarto evangelio, Jesús nos libera de ese pecado del mundo: carga con él y nos lo quita de encima (con una expresión que significa a la vez ambas cosas: quitar y cargar-con). Y eso lo lleva a cabo mediante un triple paso en el que se nos revela también cuál es *el modo divino de redimir*:

a) desenmascarando y poniendo en evidencia al pecado del mundo. Con sus palabras y su conducta pero, sobre todo, con su condena a muerte, la cual pone de relieve que este orden presente necesita quitar de en medio al justo.

b) Sometiéndose por tanto a la dinámica de ese mal implantado y revelando así la Solidaridad de Dios con nosotros.

c) Abriendo la posibilidad de dejar de ser "hijos del mundo" para pasar a ser "hijos del Padre", es decir: de ver el mundo y la historia desde la filiación divina (desde el Reino de Dios, habrían dicho los sinópticos) y no desde la ley de este mundo que es mal implantado<sup>5</sup>.

## 3. Liberación para la utopía

Si ahora preguntamos qué puede aportar esta visión de Juan, para enderezar la anterior desviación agustiniana, nos puede servir como enlace la petición que san Ignacio propone para la segunda semana: conocimiento *interno* (del Señor) para más amarle y seguirle (cf. EE 104). Conocimiento interno, amor y seguimiento pueden corresponderse con los rasgos a, b, y c que acabamos de citar de san Juan. Y desde ahí me parece que la "tarea" (o la posibilidad abierta al hombre en este mundo) tendrá una doble dimensión que expresa dos rasgos muy típicos de la experiencia cristiana de salvación:

1. Lo que luego se ha llamado en teología "la justificación por la fe". Es decir: la liberación de esa ley nefasta tan metida en nuestro mundo y en nuestros corazones: "tanto haces tanto vales", y que lleva al ser humano a los locos caminos de *hacer para ser alguien* (tanto si lo que se hace son las obras "del deseo" como si son las obras "de la moral"). La revelación del amor de Dios como respuesta a la necesidad de justificación de toda existencia humana. Y por tanto la seguridad de que el hombre no vale por lo que hace, sino porque Dios le ama<sup>6</sup>.

Notemos para aclarar más todo esto cómo, si *sólo* hay redención en "la otra" vida, ésta no puede ser más que un medio de comprar o ganarse aquélla: con lo cual la justificación por las obras de la Ley (y el fariseísmo que suele llevar anexo) es inevitable. Muchas frases sapienciales del Sermón del Monte, que podrían alinearse junto a las antes citadas del Tao, no reflejan la más profunda verdad del hombre, sino que son sólo un precio extraño que se nos obliga a pagar para conseguir la otra vida, contradiciendo a ésta. Esta vida nunca podrá ser "inauguración" o "anticipación" de la otra. Los demás seres humanos sólo serán

*ocasión de mandamiento, pero no lugar de encuentro con Dios (y ¡cómo ha marcado esta visión al catolicismo postridentino!). Los sacramentos sólo podrán ser ritos mágicos con que comprar el salvoconducto para el más allá (la Gracia), pero no celebraciones que expresan una salvación ya real y, por eso, la causan también, como la caricia produce cariño al expresarlo.*

No sólo se elimina así lo que la teología clásica sacramental llamaba "opus operantis". Hasta el "opus operantis *Ecclesiae*", ya no es la acción de toda la comunidad que suple al individuo (la "communio sanctorum") sino una especie de "tesoro" o cuenta corriente que posee y administra la Institución. De ahí el clericalismo anexo a esta visión de las cosas.

2. En segundo lugar: ver el mundo y la historia desde la filiación divina de los hombres, y no desde la ley de este mundo (que es pecado implantado), implica un cambio de mentalidad que es decisivo para el seguimiento de Jesús, y que podemos calificar como "las posibilidades cognoscitivas de la utopía", en una situación donde el chato realismo es dogma infalible. Al final, diremos una palabra sobre este punto. Ahora me limito a evocar, frente al inmediateismo chato de nuestra mentalidad, la ya célebre expresión de T. Adorno: todo pensamiento que no quiera decapitarse a sí mismo, necesita "mirar las cosas desde la redención".

Estos mismos dos puntos que marcan el "conocimiento interno" del Señor (aunque no sean los únicos), marcan también el seguimiento por el que opta el ejercitante, y dan a ese seguimiento una clara *vuelta al mundo de los hombres*, evitando todos esos espiritualismos tan de moda, a los que san Agustín ya refutó calificándolos no como "amor a lo espiritual" sino como un amor carnal a lo espiritual (Civ. Dei, XIV,5). Esa vuelta al mundo podemos formularla con un término muy querido a san Ignacio:

### **III. DEL "REDIMIR" DIVINO AL "AYUDAR" IGNACIANO**

#### **1. Las obras "de la fe"**

En el Nuevo Testamento hay una perfecta correspondencia entre la intuición de los escritos joánicos (Dios nos ama, por tanto... amémonos nosotros) y las formulaciones paulinas de Rom 8: los que son llevados por el Espíritu (el Amor) de Dios no realizan las obras del egoísmo (ni del egoísmo del deseo ni del egoísmo moral) sino las obras del amor. Ambos ponen de relieve cómo la "justificación por la fe" (el saberse querido por Dios y hacer residir ahí la propia valía humana) no es una noticia que encierra al hombre en su paz, sino que es fuente de obras. Desde aquí pienso que hay que decir:

a) En el campo *cristiano*:

Hay que decir que muchos de nuestros "compromisos" cristianos son estériles porque todavía no son fruto de nuestra "justificación por la fe", sino de una demanda de la Ley. Del compromiso se puede decir lo mismo que decía Pablo de la Ley: revela nuestro mal pero no da fuerzas para vencerlo.

Pero hay que decir también que muchas buscas actuales de paz e interioridad (por necesarias que sean y olvidadas que hayan podido estar) se parecen bastante a aquella visión del cielo que llevaba a rezar "terrena despiciere et amare coelestia"<sup>7</sup>, y que recupera el peor esquema del agustinismo, aunque ahora no referido a la paz "en la otra vida" sino a la paz en ésta. Ese esquema no se corresponde con el otro (ignaciano, pero también del mejor Agustín): "a El en *todas* amando y a *todas* en El".

b) En el campo *no cristiano*:

Cabe decir que esa caridad que brota de la fe (o de la justificación por la fe) es lo que el cristianismo debería aportar-a (o despertar-en, da lo mismo ahora) las otras cosmovisiones religiosas. Hagamos algunas alusiones a los ejemplos evocados antes.

El "Atman-Brahman" hindú (la identificación entre el yo profundo y el Espíritu de Dios, que en Pablo aparece expresada en la frecuente homologación entre el espíritu con minúscula y el Espíritu con mayúscula) es, en mi opinión, una de las experiencias más válidas y auténticas de toda religiosidad. En algún sentido no está lejos de la justificación por la fe, aunque volcada a otros paradigmas. Y podría ser, para Ejercicios, un buen "Principio y Fundamento".

Pero hay que seguir adelante: ese Espíritu no es simplemente el que dice "Yo soy" o "Yo Uno"<sup>8</sup>, sino "el Espíritu de Amor derramado en nuestros corazones" (Rom 5,5).

Las sabidurías orientales no teístas (del Tao o del Buda) son absolutamente válidas humanamente. Pero un cristiano debe llevarlas hasta el fracaso de la cruz: el Viernes Santo, como expresión de lo conflictivas que son la bondad y la solidaridad en este mundo, no cabe en ningún Arquetipo humano. Y uno de los escándalos de los evangelios que hay que meditar en la Segunda semana de Ejercicios es "la entrega del hijo del Hombre".

Se ha escrito que todas las religiones tienen que ver con el difícil tema de "la superación del deseo". Los mismos Ejercicios de san Ignacio arrancan (ya desde su Principio y Fundamento) con el incómodo tema de la "indiferencia".

No entramos ahora a calibrar hasta qué punto ello sería posible "yéndose al desierto" (según la tradicional expresión cristiana). Pero sí que surge la pregunta de cómo puede ser posible para una vida metida en la ciudad, donde los estímulos están supermultiplicados y donde, por tanto, todas las ascéticas tienen el gran peligro de hacer renacer el deseo, cambiándole los objetos: las manías y las pequeñas absolutizaciones me parecen un gaje inevitable de todas las ascéticas que he conocido.

Por otro lado, la meditación sobre la inanidad y la mentira de los objetos del deseo (el *maya* o el "correr tras viento" que veíamos en la parte primera) es muy válida pero suele tener, en la precipitada vida moderna, la respuesta pragmática del mismo deseo: "puede que el objeto sea falso, pero ¡cuadra tan bien conmigo!"

No tengo la respuesta para estas dificultades. Sólo quisiera notar, en este contexto, que la indiferencia ignaciana no es propiamente *exclusión* (de vida, de salud, de riqueza..) ni *indeterminación*. Como dice su título, los Ejercicios buscan "ordenar la vida"; pero no sin determinarse por afección alguna, sino "sin determinarse por afección alguna *que desordenada sea*". Esto significa que hay una "afección" ordenada, que no es simplemente la moderación calculada, sino "la afección del Espíritu Santo", la afección de Dios, que implica una recuperación de las cosas. Y *ésta debería determinar la vida humana, por imposible que ello sea*.

Permítaseme otro ejemplo de eso que he llamado "recuperación de las cosas". Muchos comentaristas de san Juan de la Cruz se han preguntado cómo es posible que de tanta negación de lo sensible, de tanta noche del sentido, de tanto "no

tener", de tanto "nada", surja precisamente una poesía de tanta belleza sensible. Basta con pararse un poco a analizar los adjetivos –tan tremendamente sensoriales y tan imprescindibles– de todos sus poemas. No es este momento para hacer ese análisis, pero quizá baste esa evocación para suscitar la paradoja de la "recuperación" a que quería aludir.

Volviendo ahora a los Ejercicios: la justificación por la fe no lleva a la sola quietud, sino al "ser movidos" (por el Espíritu). Es decir: la redención divina lleva al "ayudar" ignaciano. *Para esto es la indiferencia*. Y en este punto me parece que la conversión de san Ignacio tocó algo medularmente cristiano, más allá de muchas mediaciones caducas de cultura o de formulación, que pudieron seguirle.

## 2. Las posibilidades cognitivas de la utopía

Cuando, dentro de la segunda semana, san Ignacio quiera vacunar al ejercitante contra las infinitas posibilidades de autoengaño que maneja el deseo humano, le hará pedir en oración un "conocimiento de la vida verdadera" (EE 139). Esta petición tiene su paralelismo con la de la segunda semana: el "conocimiento interno" del Señor (EE 104). Y ambas confluyen en lo que antes hemos calificado como "mirar y pensar las cosas desde la redención".

No siempre esta mirada es eficaz, porque no siempre existen medios de acción inmediata. Pero al menos, un primer efecto importante de esa mirada es que *dejan de ser "normales"* infinitas cosas de nuestro mundo.

Deja de ser normal que nuestra "eficacia" económica haya de ser conseguida a costa de pobreza, de hambre y de paro o esclavitud para millones de seres humanos. Deja de ser normal que haya dinero para ir a la luna o a Marte, o para armas, y no lo haya para acabar con el hambre del mundo. Deja de ser normal que se gaste lo que haga falta para buscar unos cadáveres "de primera" víctimas de un accidente aéreo y sumergidos en no sé qué zona pantanosa, mientras no se mueve un dedo para evitar que mueran unos seres vivos "de tercera", que dan vueltas por el mar metidos en un barco cutre. Deja de ser normal esa "sabiduría de Caifás" que siempre tiene que concluir que "es mejor que muera un hombre" (o un pueblo, o muchos) para que vivan unos pocos que se arrojan la existencia del todo. Deja de ser normal que a todo eso le llamemos convencidos "progreso". Y se comprende también por qué resulta tan conflictivo Jesús al desenmascarar esta "sabiduría". En una palabra: deja de ser normal la óptica de los privilegiados y de los poderosos del planeta, por más que esté asesorada por infinitas bibliotecas y títulos académicos. Deja de ser normal, y racional, y justa.

Y sólo desde esta convicción profunda *se pone en marcha otra sabiduría* que participa del rechazo de Dios a este mundo y del amor de Dios a los hombres de este mundo. Que sabe que ese rechazo y ese amor pueden llevar hasta la cruz (para la cual el hombre nunca tendrá capacidad, a menos que se le dé "desde arriba"). Pero que, pese a ello, vive en la búsqueda de las "fuerzas" (*dynameis*) de ese Amor que, actuadas, se convierten en "signos" (*semeia*) de la nueva dimensión del Bien que pugna por abrirse camino en este reino del mal<sup>2</sup>. Esas fuerzas actuadas no son sin más "salvación" o redención, sino sólo pequeñas ayudas parciales, sacramentales, tanto si son personales como estructurales, tanto si proceden de la microcaridad como (y esto debería ser lo más buscado hoy) de la macrocaridad. Pero son signos de esa "decisión redentora" de Dios, y expresión de la mejor relación del hombre con El.

En mi opinión, para algo de eso debería prepararse el ejercitante al meditar la encarnación. El "redimir" divino, sólo puede llevar al "ayudar" ignaciano. Cómo cuajará éste sólo se nos irá revelando a través de las idas y venidas, y desconciertos y aciertos, de una historia que busca las mediaciones, pero que está tejida por la apertura confiada a la guía del Espíritu. Podrá abarcar campos muy diversos; porque lo más específico de ese ayudar quizá sea su aspecto formal: la comunicación de la experiencia de ser "salvados para ayudar", en la que yo diría que la comunicación pertenece intrínsecamente a la experiencia misma.

## **2. LA "REDENCIÓN" EN IGNACIO DE LOYOLA**

**Darío Mollá**

### ***1. USO IGNACIANO DE LA EXPRESIÓN "REDENCIÓN"***

Tras la precedente reflexión teológica sobre el significado cristiano del término "redención", y manteniéndola como telón de fondo, vamos a intentar ahora acercarnos a lo que pudiéramos llamar el concepto "ignaciano" de la redención, tal como se descubre, de modo preferente, en los Ejercicios.

Llama la atención, de entrada, el poco uso que hace Ignacio del término "redención" en los Ejercicios. Sólo en tres ocasiones:

— en el nº 107, en la contemplación de la Encarnación: "*... lo que dicen las personas divinas, es a saber: Hagamos redención del género humano*";

— en el nº 234, en la Contemplación para alcanzar amor: "*... traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares*";

— en el nº 268, en el contexto de los puntos breves sobre los misterios de la infancia de Jesús: "*Ana, viniendo después, confesaba al Señor y hablaba dél a todos los que esperaban la redención de Israel*".

El número de veces en que se utiliza por Ignacio el término "redención" es escaso pero los contextos en que lo hace son de gran significación: la contemplación inicial de la vida de Jesús y la contemplación final de Ejercicios. Ambos son textos muy genuinamente ignacianos y de enorme relevancia para la formulación de su espiritualidad.

No parece que el uso del término haya sido más abundante en el resto de la bibliografía ignaciana. La recién publicada "Concordancia ignaciana"<sup>10</sup>, que recoge los principales escritos ignacianos con la excepción de la correspondencia, no menciona ni siquiera un solo lugar más donde se utilice la expresión "redención". El título "Redentor" se aplica a Cristo sólo una vez en los Ejercicios: en el nº 229: "*... se gozar en su Criador y Redentor*". El verbo "redimir" es utilizado apenas un par de veces en las Constituciones (n<sup>os</sup> 596 y 813).

A pesar de que esta escasez de menciones pueda provocar una primera impresión desalentadora sobre la posibilidad de profundizar en lo que Ignacio entiende por "redención", la peculiar lógica del discurso ignaciano y la profunda coherencia interior del proceso de Ejercicios nos van a proporcionar ayudas importantes para acercarnos al concepto ignaciano de "redención".

### ***2. LA "REDENCIÓN" EN EL PROCESO DE LOS EJERCICIOS***

#### **a) La relación entre los n<sup>os</sup> 107 y 234**

Hay que hacer hincapié, en primer lugar, en la relación que se puede establecer entre los mencionados números 107 y 234 de los Ejercicios, los dos en los que más explícitamente se menciona la redención. La Contemplación para alcanzar amor recoge los momentos

clave de los Ejercicios proyectándolos hacia el futuro<sup>11</sup>. El nº 234 recoge, entre los beneficios recibidos por el ejercitante y que éste debe *"traer a la memoria... ponderando con mucho afecto"* el beneficio de "redención" que el nº 107 aplica a todo el género humano. Pero, en la peculiar lógica de los ejercicios ignacianos, cuando se recoge un tema, no sólo se recoge lo ya vivido, sino que se dan nuevos pasos y se proyecta una nueva luz<sup>12</sup>.

En el nº 234 el "hagamos redención" del nº 107 queda situado en el movimiento del amor de Dios por el ejercitante concreto, queda personalizado ("por mi") y hecho historia concreta, reconocible por cada sujeto. De este modo, la experiencia de la "redención personalmente recibida" es proyectada y constituida en principio y fundamento de la propia entrega del ejercitante, que se explicita en el "Tomad, Señor, y recibid"<sup>13</sup>.

Esta dinámica de "redención" entregada y recibida es utilizada de modo expreso por Ignacio en dos cartas escritas en la primavera de 1547. En el apartado 3º de la larga carta que dirige a los estudiantes de Coimbra el 7 de mayo, y hablando de los múltiples beneficios recibidos de Dios como impulso para el fervor en la vocación, dice:

"Pero sobre todo querría os excitase el amor puro de Jesucristo, y deseo de su honra y de la salud de las ánimas, que redimió<sup>14</sup>, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta Compañía... Sueldo suyo es todo lo natural que soís y tenéis... Y por si todos estos sueldos no bastasen, sueldo se hizo a sí mismo, dándonos por hermano en nuestra carne, por precio de nuestra salud en la cruz, por mantenimiento y compañía de nuestra peregrinación en la eucaristía. ¡Oh cuánto es mal soldado a quien no bastan tales sueldos para hacerle trabajar por la honra del tal príncipe!..."<sup>15</sup>

Y en la que escribe el 18 de mayo a Manuel Sanches, obispo de Targa, acerca de cómo vivir su misión episcopal, reitera:

"... a El solo vaya todo el peso del amor nuestro; que mucho nos lo tiene merecido quien a todos crió, a todos nos redimió, dándose a sí todo, que con razón no quiere le dejemos de dar parte de nosotros, quien tan enteramente se nos dió y quiere perpetuamente dársenos"<sup>16</sup>.

Nos encontramos en estos fragmentos de la correspondencia ignaciana algunos de los contenidos que encierra o a los que se asocia el término redención en la concepción de San Ignacio: implica donación personal de Jesús (utilización del reflexivo: "dándonos", "dándose", "se nos dió", "dársenos"), en una dinámica de totalidad de entrega ("todo", "tan enteramente", "perpetuamente"), una entrega que es penosa y costosa ("precio... en la cruz")<sup>17</sup>, porque supone la asunción total de la condición humana ("dándonos por hermano en nuestra carne").

Todo esto lo podemos profundizar y confirmar examinando el citado nº 107 de los Ejercicios en el propio contexto en que se encuentra situado, el de la meditación de la encarnación.

## **b) El nº 107 en su contexto**

"Hagamos redención" es lo que las personas divinas "dicen" en el segundo punto de la contemplación de la Encarnación. Esa "palabra" divina de "redención" es aclarada en su contenido y significación por el propio contexto en el que es pronunciada. En este sentido, el nº 107 de los Ejercicios es iluminado en su contenido por el conjunto de los nºs

101 a 109, que forman el desarrollo de la propuesta ignaciana sobre este misterio.

En el nº 102 Ignacio hace una síntesis de la historia que propone para contemplar. El punto central de esa historia es el versículo 2, la determinación activa de la Trinidad:

"... y cómo viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre, para salvar el género humano;"

Esta decisión de la Trinidad, esbozada en el primer preámbulo, se desarrolla en los puntos de esta manera:

a) punto 1º, nº 106,3: *"... las tres personas divinas... cómo miran... todas las gentes... cómo mueren y descienden al infierno"*

b) punto 2º, nº 107,2: *"... lo que dicen las personas divinas, es a saber: Hagamos redención del género humano"*

c) punto 3º, nº 108,2: *"... lo que hacen las personas divinas, es a saber, obrando la santísima encarnación"*

La acción, el hacer, de la Trinidad es, de modo equivalente, la "redención" y el "obrar la santísima encarnación". El hacer de la Segunda Persona, dentro de esa decisión salvadora de la humanidad, es "hacerse hombre". Mirada, decisión redentora y encarnación del Hijo constituyen la acción de Dios por todos ("todas las gentes") y por cada uno ("por mí").

La "redención" que presenta Ignacio en la contemplación de la Encarnación es, pues, compromiso e implicación de la Trinidad, que brota de una mirada universal y compasiva sobre el sufrimiento humano y la incapacidad de salir de él. Compromiso que se lleva a cabo en aquella plena solidaridad que transforma al Hijo en hermano. Compromiso que pone en marcha (¡y necesita!) la colaboración de las criaturas: la del ángel Gabriel *"haciendo su oficio de legado"* (108), la de María *"humiliándose y haciendo gracias a la divina majestad"* (108), y aquella que el ejercitante pide para sí mismo cuando pide "amar y seguir" (104), *"más seguir e imitar al Señor nuestro"* (109).

Si recordamos lo expuesto en el apartado anterior, podemos decir que, de alguna manera, la aportación "específica" o más propia de la contemplación de la encarnación al tema de la redención es el poner de relieve su "corazón", el motor de la redención: la mirada compasiva y solidaria de la Trinidad sobre el conjunto de la historia y de la condición humana. Junto a este aporte más "específico" reaparecen elementos que hemos notado ya en el apartado anterior: la redención como implicación personal de Dios, la asunción de la condición humana como modo divino de redimir, la conciencia de un "por mí" que suscita una entrega que es participación en la obra y el estilo redentor de Jesús.

### **c) La relación entre la Contemplación de la encarnación y el Coloquio de Primera Semana (nº 53)**

Cuando en el preámbulo de la contemplación de la Encarnación (nº 102) el ejercitante se encuentra con la expresión *"que la segunda persona se haga hombre"*, es muy probable que aflore en él una experiencia anterior dentro de su proceso de Ejercicios. Porque no es ésta la primera vez que Ignacio presenta este "hacerse hombre" de Jesús ante el ejercitante. En un momento clave de la Primera Semana de Ejercicios, ya ha sido invitado a, contemplando a Cristo crucificado,

"... hacer un coloquio: cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida

eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados" (nº 53).

El "hacerse hombre" de Jesús remite al ejercitante a su contemplación del Crucificado, en quien ha visto la misericordia de Dios. Remite también a una manera concreta de asumir la humanidad, que es la propia de Jesús. El "hacerse hombre" de Jesús, que en la contemplación de la encarnación se nos presenta como el núcleo de la acción redentora de la Trinidad, es inscrito ya desde la primera semana en un movimiento de misericordia y de solidaridad. Y porque es misericordia y solidaridad acaba en cruz<sup>18</sup>.

Esta innegable relación entre los nºs 53 y 101-109 de los Ejercicios resulta enormemente sugerente.

Nos sitúa, por una parte, en nuestro justo lugar para hacer la contemplación de la Encarnación. Hacemos esta contemplación desde nuestra condición y nuestra experiencia de perdonados, de redimidos. Cuando en la contemplación de la Encarnación oímos hablar de los que "*mueren y descienden al infierno*" (nº 106), recordamos que ése era también nuestro destino (nºs 52 y 60), de no haber mediado la entrega de Jesús. Por ello, al contemplar la mirada compasiva de la Trinidad (nº 102) lo hacemos desde el profundo agradecimiento de quien se sabe salvado por esa mirada. No somos sólo los que miramos el mundo "con" la Trinidad, sino que también formamos parte de ese mundo que es mirado "por" la Trinidad: no sólo hay que mirar con la Trinidad, sino sentirnos mirados por la Trinidad. Ello es importante para evitar mesianismos y gloriosismos.

Cuando en la contemplación de la Encarnación consideramos el hacerse hombre de Jesús, no cabe sino mirar al Crucificado (Jn 19, 5) que es la expresión de una manera muy concreta de entender y vivir la humanidad. Ese modo de mirar, nacido de la experiencia de Primera Semana, da contenido histórico y concreto, realismo y verdad evangélica al "amar", "seguir" e "imitar" que nos proponen la petición (nº 104) y el coloquio (nº 109) de la contemplación de la Encarnación. Estamos pidiendo vivir nuestra humanidad desde esa dinámica de entrega total que ha llevado al Criador a hacerse hombre.

Y seguramente en esta relación entre el coloquio de primera semana y la contemplación de la encarnación encontraremos una clave sugerente para interpretar una de las más misteriosas expresiones de los Ejercicios, el "*ansí nuevamente encarnado*" (nº 109) con que culmina la presentación ignaciana de la encarnación. ¿Será en los "*puestos en cruz*" donde somos invitados a buscar y descubrir, de nuevo, el designio redentor de la Trinidad?, ¿no seguirán siendo los crucificados el instrumento, misterioso e increíble, de Dios para "*salvar al género humano*"?<sup>19</sup>

### **3. "SU CRIADOR Y REDENTOR" (Nº 229)**

Ya en la Cuarta Semana, casi al final del recorrido de Ejercicios, nos encontramos con la única ocasión en que Ignacio aplica a Cristo el título de Redentor. Aparece este título cuando con la resurrección de Jesús llega a plenitud el movimiento salvador iniciado en la encarnación y cuando ya el ejercitante ha descubierto toda la riqueza que el concepto de "redención" tiene para Ignacio, siendo por tanto capaz de percibir el hondo significado del término "Redentor". La visión y concepción ignaciana de la redención se concentra y sintetiza, a lo largo de los Ejercicios, en la persona de Jesucristo, el que "*a todos nos redimió*". Sólo el conocimiento interno del Redentor nos abre a la comprensión plena de la redención y por esto este conocimiento interno es la gracia que con más insistencia se pide en Ejercicios.

Un Redentor y una redención que los Ejercicios plantean como opción de la Trinidad. En ello encontramos, como nos recordaba páginas atrás González Faus, algo "específico del cristianismo... decisivo para la identidad cristiana". En esa presentación trinitaria del misterio de la redención Cristo actúa como enviado: "Ignacio presenta el misterio de la encarnación desde una perspectiva que podríamos llamar misional... El Verbo es enviado (1ª Jn 4,9)"<sup>20</sup>. La redención se sitúa, pues, en la dinámica de una doble solidaridad: la solidaridad intratrinitaria (la de Jesús con la mirada y la decisión de las Tres Personas), y la solidaridad amplia y generosa con todo el género humano, necesitado de salvación.

El Redentor lo es y obra la redención, asumiendo en plenitud la condición humana, con todas las consecuencias. La solidaridad no es sólo el origen, el motivo de la redención, sino que es el modo divino de hacer la redención: una redención desde dentro y desde cerca. Y por todo ello, por solidaridad verdadera, el Redentor de Ignacio es el Crucificado. El Redentor es el Cristo que se abaja, y se hace "uno de tantos", obediente hasta la muerte y muerte en cruz (Fil 2, 5ss). El Cristo de Ignacio es el Siervo de Isaías. Y en la concepción ignaciana de la redención vemos expresado lo que en estas mismas páginas se nos recordaba: que en el modo divino de redimir está "someterse a la dinámica del mal implantado, revelando así la solidaridad de Dios con nosotros"<sup>21</sup>.

Un significativo matiz ignaciano en la presentación de la redención es el matiz de relación personal, de acto de amor personal de Jesús "por mí". Es el profundo misterio de una redención que siendo universal no es anónima, que abarcando a todos alcanza a cada uno. Una redención que se inscribe en esa lógica del amor que es "*dar y comunicar el amante al amado lo que tiene*" (nº 231) y que se pone "*más en las obras que en las palabras*" (nº 230). En ese sentido la redención no es otra cosa que el "darse", y el darse enteramente, del Redentor: "un Cristo que se da y quiere darse enteramente"<sup>22</sup>.

Para Ignacio, el Redentor es también el que llama, el que invita a "trabajar con El" (nº 95). Una llamada que se escucha ya contemplando al Crucificado, que es intrínseca a la experiencia de misericordia y de redención. Llamada no tanto a una tarea, a un trabajo, sino llamada sobre todo a vivir desde la gratitud, y a hacer de la participación en el trabajo redentor de Cristo la expresión operativa y concreta de esa gratitud a quien con su muerte nos lleva a la vida. De reconocer y acoger el "dársenos" de Cristo que es el acto redentor por excelencia, nace el darnos totalmente nosotros mismos ("Tomad, Señor, y recibid...")<sup>23</sup> como colaboración en la dinámica salvadora que la Trinidad ha puesto en marcha.

#### **4. "HAGAMOS REDENCIÓN" (Nº 107)**

El sujeto de esta afirmación son las personas divinas. Pero, el ejercitante que contempla la encarnación se siente también invitado a sumarse y animado a incluirse, en la medida de sus posibilidades, como sujeto de este "Hagamos" que brota de entrañable misericordia: se siente impelido a desear que él mismo, su persona y su vida, sean instrumentos de la Trinidad en la tarea de la redención.

Este deseo es perfectamente legítimo dentro de la dinámica de Ejercicios: es más, hacia él tiende la contemplación. La petición que Ignacio sitúa al comienzo de la misma (nº 104), petición en la que se expresa la intención del ejercicio, pide "*conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre*"; ese conocimiento no se cierra sobre sí mismo, ni tiene como objetivo el mero deleite o crecimiento espiritual de la persona, sino que se abre a una finalidad apostólica "*para que más le ame y le siga*". Un seguimiento en ese "trabajar conmigo" que es la redención. Y en el coloquio (nº 109) se reitera la petición de

*"más seguir e imitar al Señor nuestro, así nuevamente encarnado".*

El nº 104 de los Ejercicios es quizá el ejemplo más relevante de una dinámica muy propia de los Ejercicios: la dinámica que lleva desde el "traer la historia" hasta la implicación personal en la misma, pasando por su "conocimiento interno"<sup>24</sup>. Se comienza con el conocimiento de la historia sucedida ("narrar fielmente la historia", "tomando el fundamento verdadero de la historia", "un poco más declarar o sentir la historia": cfr: nº 2) que es el primer preámbulo de casi todas las contemplaciones de 2ª, 3ª y 4ª semana. Se camina luego desde la noticia de la historia hasta el misterio encerrado en ella: eso es "sentir" la historia (cfr: nºs 111 y 113, 137 y 139, 201 y 203, 219 y 221). Y se concluye cuando ese "sentir la historia" suscita el movimiento, la incorporación: el ejercitante es transformado de receptor en responsable y agente de la historia. En este caso, el ejercitante conoce la historia de la encarnación, penetra en su "misterio" hondo que es la voluntad redentora de la Trinidad y pide incorporarse a la misma.

Pero tomar el "fundamento verdadero de la historia" como punto de partida marca y condiciona las características de la acción. Pienso que en este contexto hay que situar el "imitar" tan querido para Ignacio<sup>25</sup>. No basta la buena voluntad de querer trabajar con Jesús: hay que hacerlo al estilo, a la manera, de Jesús<sup>26</sup>. Son significativos los contenidos concretos y "realistas" de esa "imitación" en los Ejercicios: injurias, vituperios y pobreza (nº 98); oprobios e injurias (nº 147); pobreza, oprobios y ser estimado por vano y loco (nº 167); cómo come, cómo bebe, cómo mira, cómo habla (nº 214); en el uso de sus sentidos (nº 248).

¿Cómo, pues, podremos nosotros sumarnos a esta historia de redención?, ¿cómo podremos llegar a ser instrumentos de redención en nuestra experiencia cotidiana?, ¿qué pautas concretas nos da la historia de la redención tal como Ignacio nos la ha presentado?

El proceso de Ejercicios nos invita, antes que nada, a hacer de la historia el "fundamento verdadero" de nuestra acción, a recorrer una y mil veces ese camino que del conocimiento de la historia pasa a descubrir el misterio del "trabajo" de Dios en ella para desde ahí sumarnos a la transformación de la misma. Este camino vale para la historia de Jesús y para nuestra historia de ahora mismo, la del Jesús "nuevamente encarnado". Somos llamados, antes que nada, a hacer de "la honradez con lo real el primer paso de toda espiritualidad"<sup>27</sup> y de toda acción. Redimir al estilo de Jesús supone conocer y cargar con la historia como Jesús carga con el pecado del mundo. Y evitar una y mil veces la tentación de tachar, ignorar o desvirtuar la realidad o de construirnos una experiencia supuestamente "espiritual" que no esté radicalmente condicionada por la historia y el Dios que en ella actúa.

Queremos sumarnos a la acción redentora de Dios en la historia desde el agradecimiento hondo de quien se siente salvado y redimido. Desde la profunda conciencia de que participamos de los límites y pecados del género humano ("*por mis pecados va el Señor a la pasión*", nº 193), pero que hemos sido alcanzados por la mirada compasiva y solidaria de la Trinidad... y que nuestra fuerza en la obra de la redención es la fuerza de nuestro agradecimiento y nuestra pasión por el Cristo que nos salva. Vivir nuestra acción desde el agradecimiento por la salvación recibida es la condición de posibilidad para que, a su vez, nuestra acción sea en verdad misericordiosa, humilde, gratuita..., para que no caiga en protagonismos más o menos sutiles ni en mesianismos que destruyen en vez de restaurar. Desde la vivencia de la Misericordia "como clave última de todo" nos encontraremos "dispuestos y deseosos de convertir nuestra vida en transparencia y cauce"<sup>28</sup> de una misericordia que no es nuestra, ni nace de nosotros, pero que recibimos a raudales cada

día de nuestra existencia y estamos llamados a compartir.

El conocimiento interno del Señor, de su misericordia, de su disponibilidad, de su kénosis, de su entrega... pedido y orado cada día, y el "sentir internamente" la historia (ver las personas, oír lo que hablan, mirar lo que hacen) son momentos y condiciones necesarias de una acción que quiera, en verdad, "más amar, seguir e imitar". La oración, y de modo muy particular la oración de contemplación, es actividad de redención, un momento decisivo de nuestra acción redentora. Es el momento que cualifica, que da profundidad, que purifica nuestra acción. Momento indispensable para que nuestro mirar sea el mirar compasivo y solidario de la Trinidad y nuestra acción sea continuidad de la acción de Jesús.

El contenido esencial, básico y primero, de nuestro "trabajo" redentor es el darnos, el "*offrescer y dar... todas mis cosas y a mi mismo con ellas*" (nº 234) para el "disponer" de Dios. Este es el más radical imitar y seguir a la segunda persona: el darse plenamente, el talante de profunda disponibilidad: "*disponed a toda vuestra voluntad*". Desde esa voluntad de fondo podemos discernir y vivir el trabajo concreto que Dios nos pide, para hacer de ese trabajo, el que sea, actividad de redención, trabajo de Dios por nuestras manos.

Finalmente, no podemos olvidar nunca que la posibilidad de que nuestra persona, nuestra vida o nuestro trabajo sean "redentores" es posibilidad que nos es dada por gracia: "*dadme vuestro amor y gracia*". Sólo en la medida en que día a día nos abramos a recibir el cariño concreto del Señor, cariño que es misericordia y que se encarna en la historia, cariño que se visibiliza en los Crucificados, nos llenaremos de aquella gracia que podrá transformar nuestra historia y la historia de nuestro mundo.

## NOTAS

1. Tratándose del Dante, se me permitirá que cite su original italiano, aunque sea en nota:

"Chi dietro a jura e / chi ad aforisme / sen giva, e chi seguendo sacerdozio, / e chi regnar per forza o per sofismi, / e chi rubare, e chi civil negozio, / chi nel diletto della carne involto / s'affaticaba, e chi si / dava al ozio, / quando da tutte queste cose sciolto, / con Beatrice m'era suso in cielo, / cotanto gloriosamente accolto"

2. He aquí algunos preciosos ejemplos: "Para gobernar al pueblo y servir al Cielo no hay nada como la sobriedad... Tengo tres tesoros que guardo con cuidado y vigilo estrechamente: el primero es la *compasión*; el segundo es la *sobriedad*; el tercero *es no osar ser el primero en el mundo*... ¿Cómo se convierte el mar en señor de todos los ríos? Porque está más abajo que ellos: por eso es el rey de todos los ríos; en consecuencia, el Sabio gobierna a la gente rebajándose en su discurso, y la dirige poniéndose detrás... La persona virtuosa cumple con su deber; la persona sin virtud sólo sabe imponer cargas a los demás... Está en la naturaleza de las armas militares volverse contra quienes las manejan. Donde acampan ejércitos crecen zarzas y espinos. Alegrarse de la victoria es ¡alegrarse de la matanza de seres humanos! No debes exhibir tu triunfo, ni jactarte de tu capacidad, ni sentirte orgulloso; más bien debes lamentar no haber sido capaz de impedir la guerra. Todo un espléndido camino cuya evidencia es desarmadora, pero cuya "inutilidad" viene certificada por una de las últimas frases de la obra: "*mis palabras son muy fáciles de entender pero muy difíciles de practicar*".

3. Para que no parezca que hablamos de abstracciones, permítaseme al menos una alusión literaria. Acabo de leer la última novela del peruano Bryce Echenique (*No me esperen en abril*) que puede ser un magnífico desarrollo de esa visión de la vida como "correr tras el humo". América Latina parece haber heredado hoy algo de lo que fueron las novelas rusas del siglo pasado: esas tramas interminables que tejen, en su entrecruzarse, toda la vida de un ser humano. La vida como una serie de promesas rotas: la seriedad de unos propósitos adolescentes hechos añicos: en él por la fuerza irresistible del sexo fácil; en ella por una sensiblería estúpida y por la fácil autoafirmación que se recibe en el coqueteo. Así va pasando el tiempo y, cuando se da cuenta el protagonista, las promesas ya están perdidas y ni siquiera ahora es posible reencontrarlas: se rompen al querer recuperarlas y *sólo siguen siendo promesas en la medida en que son pasadas*. Este proceso personal recapitula todo un proceso histórico del Perú. Sexo fácil y dinero fácil como las dos esclavitudes que impiden ser hombres al individuo y al género: que los van haciendo traidores y racistas y les van mintiendo para que puedan ser todo eso, pese a los primeros arrepentimientos estériles. Todo ello reclamaba una novela estilo saga, en la que la historia del protagonista se entreteje con la de sus padres y sus amigos. Al final, ni siquiera queda la dignidad del hombre ante unos dioses que juegan con él (como en la tragedia griega, en los albores de Occidente), porque ya no hay dioses: sólo queda para el lector la sorna del autor, y para el protagonista una salida mucho menos digna que la de los héroes griegos: "oportó con cianuro".

4. Para San Pablo, la "justicia" humana sólo puede condenar al malo, mientras que Dios es justo "volviendo justo" al malvado.

5. En la imposibilidad de dar aquí todas las citas del cuarto evangelio, me remito a mi obra *Proyecto de hermano. Visión creyente de hombre*, Santander 1987, pp. 243-247.

6. La teología explicará más tarde cómo ese amor de Dios, cuando el hombre se lo cree, transforma al hombre y le vuelve precisamente aún más activo, pero de modo muy distinto. En la imposibilidad de detallar aquí todo este proceso, me limito a evocar el éxito de ventas de J. Nowen, *El regreso del hijo pródigo*, Madrid 1995. Aún más que el número de ediciones, es la experiencia del efecto terapéutico de esa obra en muchas gentes conocidas, la que pone de relieve no sólo el yugo de nuestra necesidad de justificación en este mundo empecatado, sino las posibilidades de liberación que sigue teniendo hoy, la cristología paulina.

7. Que sepamos amar las cosas celestiales y despreciar las terrenas. Frase de la antigua liturgia católica que ha sido modificada en las traducciones actuales.

8. En el *Brhaadaranyaka upanishad* leemos (aunque las traducciones que conozco no acaban de coincidir), que en el principio existía sólo el sí-mismo, existía en forma de persona. miró en torno así y no vio otra cosa que no fuera él mismo. Y dijo "yo soy". Este fue el comienzo.
9. Como ya es sabido, fuerzas y signos son los dos términos que, en los evangelios, designan los milagros de Jesús.
10. Ignacio Echarte sj, "*Concordancia Ignaciana*", col. Manresa n. 16, Eds. Mensajero, Sal Terrae, Bilbao - Maliaño (Cantabria), 1996, 1445 pp.
11. Véanse al respecto estos artículos: J.M. Díaz Alegría: "*La Contemplación para alcanzar amor en la dinámica espiritual de los Ejercicios de San Ignacio*", Manresa 23, 1951 pp. 171-193; Teresa Dias Gonçalves: "*¿Es cristológica la contemplación "ad amorem"?*", Manresa 45, 1973 pp. 289-308; Ignacio Iglesias: "*La Contemplación para alcanzar amor en la dinámica de los Ejercicios Espirituales*", Manresa 59, 1987 pp. 373-378; Antonio Guillén: "*Las cuatro semanas de los EE en una sola contemplación*", Manresa 68, 1996, pp. 77-78.
12. Es el "avance en espiral" típico de Ignacio, y tan presente en Ejercicios: se retoman elementos ya vistos proyectándolos hacia adelante.
13. Reconocemos en ello otra de las características de la "lógica" ignaciana en Ejercicios: cómo el conocimiento interno de la historia suscita el movimiento, la incorporación, y transforma al ejercitante de receptor en responsable y agente de la historia. Ver, por ejemplo, los ns. 104, 139 o 233 de los Ejercicios. Cfr.: Ignacio Iglesias "*La historia en los Ejercicios*" art. en Manresa 61, 1989, pp. 121-130.
14. Parecidos términos utiliza Ignacio en el n° 813 de las Constituciones al recomendar "... el celo sincero de las ánimas por la gloria del que las crió y redimió, sin otro algún interés".
15. Obras completas de San Ignacio de Loyola, BAC, Madrid 1991, 5ª edición, pp. 799-800.
16. Obras de San Ignacio, ed. cit., p. 807.
17. De ello vuelve a hablar Ignacio en el n° 596 de las Constituciones: "... hasta que reciba su ánima apartada del cuerpo el que la redimió con tan caro precio de su sangre y vida".
18. Como Ignacio vuelve a recordar con suma expresividad en la contemplación del nacimiento: "... para que el Señor sea nacido en suma pobreza y, a cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí..." (n° 116).
19. Cfr: Jon Sobrino: "*El seguimiento de Jesús pobre y humilde. Cómo bajar de la cruz a los pueblos crucificados*" en "*Ejercicios espirituales y mundo de hoy, Congreso Internacional de Ejercicios (Loyola, 20-26 septiembre 1991)*", col. Manresa, n° 8, ed. Sal Terrae - Mensajero, Santander - Bilbao 1992, pp. 77-94.
20. Elías Royón, sj.: "*La misión en la dinámica de los Ejercicios*" en "*Ejercicios Espirituales y mundo de hoy*", pp. 279-298.
21. Cfr. observaciones de J.I. González Faus en las páginas anteriores.
22. J. Iturrioz: "*Coloquio del Primer Ejercicio y Contemplación para alcanzar amor*", en Manresa 51, 1979, pp. 165-178.
23. Desde este enfoque se puede, y debe, hacer una lectura "apostólica", no sólo "oblativa", del "Tomad, Señor y recibid...", con acento particular en el "dispones"... Ver al respecto Gabriel Mª Verd "*Tomad, Señor, y recibid: una oración polivalente*" en Manresa 58, 1986, pp. 77-88.
24. Ver el sugerente artículo de Ignacio Iglesias: "*La historia en los Ejercicios (el primer preámbulo es la historia)*" en Manresa 61, 1989, pp. 121-130.
25. En nueve ocasiones utiliza Ignacio el término "imitar" en los Ejercicios. En todas ellas menos en una, la imitación se refiere a Jesús, y la excepción se refiere a la imitación de María, en un número, el 248, en el que se ha hablado previamente de la imitación de Jesús.

26. Por eso es también ineludible que el "*investigar y demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir su divina majestad*" se haga "*juntamente contemplando su vida*".

27. Jon Sobrino: "*Liberación con espíritu*", Santander 1985, pp. 24.

28. J.I. González Faus: "*La experiencia espiritual de los Ejercicios de San Ignacio*", Ed. Sal Terrae, col. Aquí y Ahora nº 7, Santander 1990, pp. 32.

---

© *Cristianisme i Justícia* -EIDES  
Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona (España)  
T: 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94 –  
espinal@redestb.es; www.fespinal.com